

mujeres que estaban abajo y que aún no se habían enterado del percance:

—¡Allá os va un buen hayuco!

—¡Ahora con mil diablos!—dijo sin poderse contener la tía Peliblanca al levantar la vista y ver bajar á Angelo hecho un gorgoto.

Mas á pesar de la tentación que tuvo de risa, cuidó de mantener tirante la sábana para recibirle en ella, y sus dos hijas mayores lo mismo, con lo cual le aminoraron mucho el golpe. Y aun se le hubieran parado por entero, si no fuera que la rapaza, con el susto, dejó escapar la su punta.

Así y todo, el golpe no fué mortal: no se rompió Angelo más que una costilla.

—No fué nada para lo que pudo haber sido—decía él después contando el suceso,—y casi que lo que más sentí fué la burla.

DEMASIADO PRONTO

Al deshacerse el baile un domingo por la tarde en Cernadela, dos mozos se trabaron de palabras y concluyeron por cascarse la liendre.

Versó la disputa, al parecer, sobre cuál de los dos tenía más disposición y más habilidad para la cantería, que era el oficio á que uno y otro se dedicaban. Pero no era esa la madre del cordero, sino una galleguina paliducha y esmirriada, con unos ojos negros muy grandes, que parecía el espíritu de la golosina y que á los dos les tenía vuelto el juicio.

Uno de ellos, Juan Bouza, había sido ya novio de la muchacha anteriormente, y sin saber por qué, la había dejado.

Después había empezado á cortejarla Joaquín Pradeira, el otro contendiente, con tan buenos auspicios y con tan claras señales de hallar correspondencia, que ya se creía dueño de la muchacha y de las terri-

ñas adyacentes; pues no sólo Rosa, que así se llamaba la chica, le daba á entender que por ella no había para, sino que aun la madre, que era por de pronto la que mandaba en todo, le significaba con bastante claridad que tampoco había de quedar por ella.

Pero el diablo, que todo lo enreda, ó por lo menos tiene fama de ser el que lo enreda todo, aun lo que enredan muchas veces los hombres—que también son seguros para enredar las cosas, y las mujeres... ¡no digo nada!—el diablo, que es por lo menos tan seguro para enredar como los hombres y las mujeres, y que si no lo enreda todo, enreda muchas cosas, enredó éstas de modo que unos días antes del suceso que voy á contar, Juan Bouza, que había pasado la primavera y el verano en tierra de León en una carretera haciendo alcantarillas, tornara á su país con un traje nuevo de pana, una boína azul y un tapabocas de rayas azules y negras, tan ancho, que no sólo le tapaba la boca, sino todo el cuerpo.

En cuanto su antigua novia le vió por allí tan retejado, se la recrudeció la afición que del todo no le había perdido, y se propuso volverle á hacer á la mano sin perdonar medio.

Un sábado por la tarde, la víspera del domingo de la cuestión, estaba Rosa con otras muchachas arrancando maíz en una

heredad próxima á las casas del barrio, y estaba no lejos Juan Bouza partiendo piedra para cercar otra finca contigua. Y como la muchacha notara la vecindad del mozo, comenzó á cantar con voz muy clara y penetrante, matizada de melancolía, cantares referentes al asunto, que eran verdaderas saetas de esas que van derechas al alma.

Como, por ejemplo:

«Dixiste que me querías
Y á la postre me olvidaste,
Si viás que non che gustaba
¿Para qué me enamoraste?»

No era de acero el corazón de Bouza como la herramienta con que trabajaba, ni siquiera de piedra como la que estaba partiendo; de manera que si el pico y el puntero y la uñeta, con tener las bocas de acero se desgastaban, y si la piedra con ser piedra se abría en prismas rectangulares que parecían traviesas de ferrocarril, no tiene nada de extraño que el cantero no pudiera resistirse á las punzadas de los cantares de la muchacha, ni que se le enterneciera el corazón, ni que suspendiendo por un rato la obra se aproximara á la cerca de la heredad donde trabajaba Rosa y entablara con ella un diálogo que, medio traducido del gallego al castellano, vendría á ser el siguiente:

—¡Qué contenta estás, Rosiña!
 —¿Diceslo por hacer burla?
 —Dígolo porque cantas.
 —Cántase también por disimular penas...
 —No creo que las tengas... ¡Si dicen que eres tan afortunada!...

—Alguna vez creí que lo era... Pero cualquiera se equivoca.

—¿Y en qué te has equivocado, si se puede saber, y por qué tienes penas?

—No te interesará mucho saberlo.

—Mucho más de lo que tú te figuras.

—No puedo figurarme que te interese nada, porque cuando hay interés en saber, se pregunta.

—Y ¿qué estoy haciendo más que preguntando?

—Pero has pasado mucho tiempo sin preguntar y...

—Porque no esperaba buena respuesta.

—Páreceme que no dices verdad.

—¡Rosal!...

—¡Juan!...

En fin, que después de éstos y otros dimes y diretes, Juan y Rosa volvieron aquella tarde misma á hacer las paces.

Y como nunca falta quien se goce en dar malas noticias, no pasaron dos horas sin que una de las muchachas que estaban con Rosa arrancando maíz fuera á contarle á Pradeira lo sucedido.

Ya se comprende que al pobre Joaquín no le cocerían buenas berzas con la noticia; y eso que no podía él acabar de creer que fuera cierta...

¡Claro! El hombre no había nunca oído cantar aquello de

La dona é mobile
 Cual piuma al vento...

Y aunque lo hubiera oído no lo hubiera podido entender, porque no sabía italiano; de manera que no le cabía en la cabeza que Rosiña fuera tan voluble.

Pero al día siguiente se encontró con ella después de misa, y dirigiéndola un requiebro para entrar en conversación, le contestó sin detenerse con tal despego y con tan marcado desabrimiento, que ya no le quedó la menor duda.

Enfadado y casi enfurecido pasó todo el día haciendo coraje para tramarla con su rival en la primera ocasión que se le ofreciera.

Y si no se le ofreciera pronto, él la buscaría... Como en efecto la buscó aquella misma tarde, pues hallándose Bouza en un corrillo con otros mozos contándoles las aventuras del verano en las obras, se aproximó Pradeira, y sin dar siquiera las buenas tardes, terció en la conversación

diciendo que conocía él á algunos que, echándose las de buenos canteros, no tenían más que planta y fantasía.

Lo intempestivo de la interrupción puso nervioso á Bouza, que contestó inmediatamente:

—*Esu diráslu pur dalgún otru, que non pur Xuan Bouza.*

—*Dígolú pur quen queiru,*—replicó Joaquín con tono agresivo...

Comenzó la reyerta... y sobre si éste había dicho que aquél era un desmanicado, y si aquél había dicho que á éste le habían echado de una obra por inútil, se agarraron y comenzaron á darse cachetes.

La cosa no hubiera pasado á más, pues los circunstantes en seguida trataron de meterse por medio y separar á los enlanaados; pero quiso el demonio que se hallara presente un hermano de Juan algo más joven, quien al ver que Joaquín tenía á su hermano cogido por el cuello en ademán de esgañarle, enarboló el palo que llevaba en la mano y le descargó sobre Pradeira, con tal brío, que le hizo caer al suelo con la cabeza rota.

A lo primero se creyó que le había matado. Las mozas, que en aquel momento se marchaban del baile, dieron en dar unos gritos que parecían aullidos; los mozos, la mayor parte se escabulleron para no ver-

se á otro día complicados en la causa; pero algunos, con más serenidad, cuidaron de levantar del suelo á Pradeira y le llevaron hacia su casa sangrando como un chivo.

Alborotóse el pueblo, vino el señor cura con la Santa Unción, llegó el alcalde, y aunque pronto se les fué aminorando á todos el ahogo y pasando el susto, porque Joaquín fué recobrando el conocimiento que había perdido con el golpe y se vió que sólo se trataba de una descalabradura sencilla, con todo, por temor de que la herida fuera de más importancia de la que á primera vista parecía y tuviera algún mal resultado, el alcalde trató de ponerse á cubierto de toda responsabilidad, dando parte al juez de Puenteareas.

Juan Bouza y sus hermanos y su padre trataron de que se echara tierra al asunto sin que se enterara el Juzgado, que, donde cae, hace más daño que la langosta. Para ello, ofrecían desde luego, bien convencidos de la fuerza del refrán popular que dice que «el que rompe paga», costearle la curación al herido, amén de pedirle perdón y darle todo género de satisfacciones. Pero el alcalde no se avino á quedar con las espaldas abiertas á lo que pudiera sobrevenir, y dió parte.

El Juzgado ordenó en seguida el reconocimiento facultativo.

Hallábase por aquel entonces representada la facultad de curar en la villa de Puenteareas por un cirujano romancista del antiguo régimen, llamado don Rosendo Pardo, muy amigo del vino y más del dinero, sin conocimiento ninguno de la cirugía ni de la medicina, pero con mucha gramática del mismo color de su apellido.

Gracias á ella, cuando no sabía qué recetar á un enfermo, cosa que le solía ocurrir siempre que le llamaban, le contaba un cuento, le decía un chiste, y así salía del paso.

Tenía, además, sus lugares comunes para aplicar á las distintas clases de enfermos. Por ejemplo, si le llamaban para un niño, decía por toda solución: *¡Anxelinus al cielu!* Si le llamaban para un anciano, decía: *¡E comu queire qu' eu i quite os años!*... Si el enfermo era persona robusta y de buena edad, solía decir: *Cunviene deixare á la naturaleza...*

A este *facultativo* ordenó el Juzgado de Puenteareas ir á Cernadela á reconocer y curar al herido, con encargo de que á la vuelta acudiera á prestar declaración sobre su estado en la causa que comenzaba á instruirse. Y como la orden no se le comunicó hasta el lunes á eso de mediodía, no llegó el cirujano á Cernaleda hasta el oscurecer, ó sea á las veinticuatro horas del gol-

pe, cuando el herido tenía ya tiempo de sobra de haberse muerto si no se le hubiera hecho remedio alguno.

Afortunadamente, la madre de los Bouzas, que era algo curandera, se había presentado desde el primer momento en casa de Joaquín, y haciendo mil protestas contra la azaridad que habían cometido sus hijos, le había atajado la sangre y le había curado la herida, para prevenir la inflamación, con un bálsamo que sabía ella hacer, parecido al de Fierabrás en la rapidez de las curaciones, llamado allí *la meleciña de as nueve cousas*, porque no entraba en su composición ni una menos, siendo ellas: vino hervido con romero, y van dos; azúcar, tres; aceite, cuatro; miel, cinco; manteca, seis; clara de huevo, siete; cañada de vaca, ocho, y enjundia de gallina, nueve.

Humedecida frecuentemente con este complicado y prodigioso bálsamo la herida de Pradeira, cuando el cirujano la descubrió estaba ya en franca cicatrización, casi curada.

Pero don Rosendo comenzó á mover hacia los lados la cabeza, como para dar á entender que no le gustaba nada la cosa. Y además de darlo así á entender, lo dijo: que aquello era muy grave; que la herida aquella, por el sitio en que estaba y la profundidad que tenía, tardaría muchísimo tiempo

en sanar... y gracias que el herido escapara con bien, cosa que todavía no podía asegurarse, porque estaba expuesto á muchas complicaciones.

La madre del culpado, que lo estaba oyendo, dijo para sí: «¡Este hombre nos pierde! Si declara eso en el Juzgado, no se desenredan los mis hijos de la causa en toda su vida». E inmediatamente concibió la idea de proponer algún arreglo al cirujano.

Para hacerlo con más comodidad y con la reserva conveniente, discurrió decirle que cuando concluyera allí, hiciera el favor de ir á su casa á ver á su marido, que estaba enfermo del susto.

El cirujano comprendió bien pronto de qué se trataba, pues no era aquélla la primera zorra que había desollado, como suele decirse, y accedió á la indicación, diciendo á la mujer que iría en acabando.

Fuése ella á su casa antes que don Rosendo á prevenir las cosas y consultar el caso con la familia; y aceptada la idea por el marido y por los hijos, tan pronto como el cirujano se presentó allí, le planteó la cuestión el supuesto enfermo diciéndole:

—*Siñor dun Rusendu... je non se podeira esu arreglare?...*

El cirujano calló unos momentos como meditando en la gravedad del caso, y después contestó:

—*Si pur ciertu: se pode arreglar cun dos onzas.*

Y levantando la mano izquierda con dos dedos extendidos, volvió á repetir: *dos onzas.*

Le replicó Bouza el padre respetuosamente que dos onzas era mucho dinero; que ellos no tenían tanto; que á duras penas podrían reunir la mitad, y le suplicó que en lugar de las dos onzas viera de contentarse con una.

A esto dijo el cirujano muy enfadado que una onza no era nada para la gran responsabilidad que él iba á contraer por servirles; que por las dos onzas se arriesgaría á dar una declaración favorable, diciendo que la herida no era más que un rasguño que estaría curado al día siguiente, con lo cual todo quedaría reducido á un juicio de faltas; pero él quedaba expuesto á que el herido, de la noche á la mañana, se agravara y se muriera, y entonces... ¿por dónde iría su reputación como facultativo?

Los Bouzas ofrecieron entonces hasta veinte duros; pero don Rosendo se volvió á enfadar, diciendo que no podía ser menos de lo dicho, y que se decidieran pronto, porque tenía prisa... y de no arreglarse, no tendría más remedio que poner en la declaración la verdad; es á saber: que la herida era grave, y que tardaría en curarse un par

de meses si no resultaba alguna complicación de fatales resultados, cosa muy temible; con lo cual quedaban los agresores envueltos en una causa criminal que les había de costar mucho más de las dos onzas y mucho más de cuatro...

Ante esta amenaza, los padres y los hijos se miraban unos á otros atemorizados; y aunque estaban decididos interiormente á aceptar el arreglo á toda costa, insistían en pedir rebaja.

Por último, después de mucho recatear, don Rosendo, rebajó dos duros de lo que había pedido, quedando ajustada en los treinta la declaración favorable.

La familia empezó á rebuscar por todos los escondrijos, y duro de aquí, coronilla de allá, peseta de acullá, reunieron entre todos los seiscientos reales, que, con duelo de su corazón y yéndoseles los ojos tras de ellos, entregaron al cirujano, el cual, aparentando recibirlos á regañadientes, los guardó muy contento en el bolso y montó á caballo para volverse á su casa.

Apenas había salido de la de los Bouzas, se miraron éstos con tristeza mezclada de malicia.

Aquellas miradas querían decir: «¿No es buena lástima que este ladrón de este tío mata-sanos se nos lleve esos treinta duros, que son nuestros ahorros de todo el año de

Dios, hechos á fuerza de privaciones y á costa del pellejo?»...

Después cambiaron los dos hermanos algunas palabras en voz baja.

En tanto, don Rosendo Pardo pasaba el puente de Cernadela, que no es romano como suelen decir en el país, sino gótico, del siglo xv; subía pausadamente en su caballo la cuesta sobre que se asienta la parroquia de Mondariz; tornaba á descender hasta el aguanal de Gándara; volvía á subir al barrio del Troncoso; y cuando se había ya internado en el monte de Pías, al llegar á un recodo del camino, oyó que le gritaron de muy cerca:

—¡Alto!

Paró el caballo, miró hacia la derecha, que era donde había salido la voz, y entre la oscuridad de la noche percibió dos hombres con las caras tiznadas, uno de los cuales le apuntaba con una escopeta, mientras el otro le amenazaba con un chuzo.

—¿Qué queredes?—les dijo en correcto gallego.

—*Os cartos que ustede leva,*—le contestaron resueltamente.

Entonces el cirujano, que desde el primer momento había conocido que los que trataban de quitarle los cuartos eran los

mismos que se los acababan de dar, se echó mano al bolsillo, diciendo:

—*¡O demo us leve!... Tomalos, tomalos, que á declaración inda no está posta* (1).

Los asaltantes, que en efecto no eran otros que los Bouzas, que habían salido detrás de don Rosendo, y por el atajo de la orilla del río se le habían adelantado, al comprender por las últimas palabras del cirujano que éste les conocía, echaron á correr monte abajo sin recatarse, dejando en paz á don Rosendo, que poco después llegaba á Puenteareas con sus treinta duros y los guardaba muy contento con otros frutos de otras infamias.

(1) ¡El demonio os lleve! Tomadlos, tomadlos, que la declaración todavía no está puesta.

EL MILAGRO AL REVÉS

—Buenos días, señorito—me dijo el peatón al llegar á los espinos de Piedras del Agua, donde le estaba yo esperando sentado á la sombra.

—¡Hola, Juan! buenos días,—le contesté.

—Ya estamos acá,—continuó diciendo mientras forcejeaba por sacar unos papeles del bolso de la chaqueta.

—Que sea enhorabuena, hombre,—le dije yo alargando la mano para cogerle el correo.

—¡Calla! ¿Pues quién le dijo á usted que yo me había acomodado?—me preguntó muy sorprendido.

—¡Ah! ¿Te has acomodado?—le pregunté yo á él con igual sorpresa.

—¡Ah!... ¿Usted no lo sabía?... Como me dijo usted «que sea enhorabuena», creí que sabía usted que me había casado el miércoles.